

Semblanza de Polo

Por Alejandro García Durán
Docente, Escuela de Filosofía y Humanidades



Quizá sea esa última expresión "buscador de la verdad" la que mejor describe su actitud o su posición ante esa aventura maravillosa que se llama filosofía.

Share |

El pasado 9 de febrero, todavía sin despuntar el día, abandonaba su morada terrestre el profesor Leonardo Polo, o Don Leonardo, como gustaban de llamarle sus discípulos. Desde el mismo momento en que llegó a mis oídos la noticia de su fallecimiento, quise escribir algo acerca de él, de su persona, de su pensamiento. Sin embargo, al empezar a hacerlo, me vi embargado por uno de esos sentimientos más difíciles de sobrellevar: impotencia ante la inmensidad del tema. ¿Qué debería escribir? ¿Una semblanza intelectual o biográfica? ¿Su trayectoria filosófica o existencial? Si a esto añadimos que el espacio disponible es bastante pequeño, la cuestión se complica aún más.

Para hacernos una idea de lo difícil que ha de ser abordar en tan poco espacio una reflexión sobre Don Leonardo, tengamos en cuenta que **su obra está constituida por 44 libros, 29 capítulos en libros y 58 artículos científicos. Asimismo, se han publicado más de 200 trabajos y una treintena de tesis doctorales sobre su pensamiento.** En este sentido, su obra ha protagonizado tres congresos internacionales y numerosos estudios con más de veinte libros que analizan sus enseñanzas.

Por eso, simplemente quiero poner por escrito lo que su persona y su obra despertaron en mí. A Don Leonardo lo conocí en la Universidad de Navarra, donde tuve la suerte de estudiar. Más en concreto, mi primer contacto con él fue posible gracias a uno de mis compañeros de Colegio en España, llamado Sergio Lozano, un catalán con excelentes dotes para cubrir un arco de fútbol, y con un entusiasmo tremendo por el filósofo español. Concretamente, recuerdo dos cosas: una, los entrañables e innumerables cafés que tomábamos, él en un intento – tal vez utópico – de explicarme en qué consistía el método poliano – el abandono del límite mental – y yo intentando comprender lo que en ese momento (es posible que tampoco hoy) no alcanzaba siquiera a vislumbrar. La otra, sucedió el día de mi cumpleaños. Me invitó a tomar un café y después nos acercamos a una librería. Allí, me mostró un libro con un título que puede causar impresión, y tal vez temor: Antropología Trascendental I. Me preguntó si lo quería y ante mi respuesta afirmativa, lo compró y le estampó una dedicatoria que llevo grabada en la memoria: "Para aquellos que comprenden que la filosofía es un amor a la verdad y no la defensa de un sistema".

Y es que, ciertamente, la filosofía de Don Leonardo tiene esa frescura de pensamiento que se nota en los escritos de los grandes pensadores. No se trata de un pensamiento encerrado en esquemas, defensor acérrimo de un sistema determinado de pensamiento. Tampoco se ve en él ese afán de originalidad que recorre algunos hitos de la filosofía: no intenta ser el primero en decir las cosas, sino que se siente un deudor y un buscador de la verdad.

Quizá sea esa última expresión "buscador de la verdad" la que mejor describe su actitud o su posición ante esa aventura maravillosa que se llama filosofía. Por esto, sus discípulos le oían decir constantemente que "agradezco comprobar que mi camino acoge a otros, pero amo la libertad de cada uno para cuando él haya de proseguir y superar lo que haya podido tomar de mí". Y añadía: "Amo la verdad, pero siempre insto a ponerse en su búsqueda". Por esto, no es su ideal de filosofía la simple y llana exégesis de textos, "la correcta, novedosa y pulida interpretación de tal o cual autor", sino buscar la verdad siguiendo su propio camino y ofrecer respuesta al pensamiento y a la propuesta de los grandes autores.

La dedicación de Don Leonardo a la filosofía fue tan intensa hasta el punto de llegar a la fatiga y la extenuación. Su amor a ella le dejó siempre poco espacio de atención para esas pequeñeces de la vida en que consiste, justamente, vivir, fuera, eso sí, de una desconcertante pasión de su juventud: ir en moto a alta velocidad. Solía decir él mismo que ese es el único placer inventado por el hombre moderno

modo a alta velocidad. Solo decir el nombre que ese es el único placer inventado por el hombre moderno. A esto se puede añadir su afán de ganar al dominó, su gusto nada disimulado por las películas de vaqueros y su gusto devorador de novelas policíacas. Son pequeños abandonos del límite de la razón, válvulas de escape, contrapunto a la severa disciplina que impone la persecución del ser, que siempre se encuentra al final.

En alguna ocasión decía Cristóbal Halffter: hoy tenemos creadores tan buenos como los ha habido siempre, pero no se les deja lucirse. Será necesario un poco más de tiempo para que la verdadera dimensión de la obra filosófica de Leonardo Polo alcance a ser reconocida como se merece. Ahora corresponde a sus discípulos y a todos los que, como él, verdaderamente aman la filosofía, desentrañar todas sus virtualidades.

Quizá, cuando alguien se enfrente por vez primera con la obra de Don Leonardo, se sienta preso de aquel sentimiento que embargó a los estudiantes de primer curso de Filosofía en la Universidad de Granada cuando se tropezaron con su clase. Cuenta uno de ellos: **"desde el principio de sus clases tuvimos que entablar una lucha entre el oído y la inteligencia, en la que llevaba la peor parte esta última"**, lo que llevó a los iniciados filósofos andaluces a ponerle el apodo cariñoso con que llamaban a Heráclito sus contemporáneos: "el oscuro". Sin embargo, conocer la obra de Don Leonardo te embarca a recorrer el camino de una historia increíble: la de buscar la verdad sin prejuicios ni condicionamientos.

No hay autosatisfacción en el filosofar de Don Leonardo, sino satisfacción al contemplar la realidad. La originalidad no es la meta de la sabiduría, la meta es el gozo en la verdad. El filosofar ha de ser indefinidamente dialogante porque la verdad no admite propiedad privada ni singularidades. Coincidir con otros en la verdad es un motivo de gozo, y encontrar la verdad que hay en todo pensamiento es un desafío difícil, pero fecundo. Buscar la verdad con tanta intensidad que nada verdadero ni pensador alguno quede excluido de nuestro pensar es la exigencia congruente con una búsqueda filosófica que se oriente a una verdad trascendental. Esforzarse por encontrar y acoger la verdad que se esconde tras todo hallazgo humano es hacer real la universalidad del saber, o sea, el acogimiento positivo de todo lo hallado por el hombre en busca de la verdad. Lo propio del hombre sabio es destinarse a la verdad, no ponerla a su servicio.

Esto es lo que he aprendido de Don Leonardo, y por ello mismo, siente que debe sentirse honrado todo aquel que se denomine a sí mismo discípulo suyo.

Share |

Comentarios a este artículo	
Nombre:	<input type="text"/>
E-mail:	<input type="text"/>
Su Comentario:	<div style="border: 1px solid black; height: 80px; width: 100%;"></div>
<input type="button" value="Enviar"/>	<input type="button" value="Borrar"/>

Universidad Sergio Arboleda
Bogotá - Colombia
 Calle 74 no. 14 - 14 PBX: 3257500/81
 Línea gratuita de Servicio: (Toll Free) 01-8000 120026
 e-mail: info@usa.edu.co
 2000 - 2007
 Webmaster: Grupo Internet
 Diseño estratégico y visual:

